

SUPERPOTENCIAS Y POLICENTRISMO MUNDIAL

«Entramos en un mundo nuevo que debe tener en cuenta el nuevo equilibrio de fuerzas, la voluntad de superar los bloques y llegar a una política de relajamiento de la tensión internacional, de no injerencia y de paz.»

(Jacques BAUMEL—Secretario general de la U. N. R.—, en 1966.)

«Contra Pekín, la concordancia de actitudes entre Moscú y Washington es cada vez más evidente. Las mismas palabras, los mismos temores.»

(Georges CHAFFARD, en 1966.)

I.—CAMBIOS EN LA ESTRUCTURA INTERNACIONAL DE LA POSTGUERRA.

La ruptura del sistema postbélico se producía con la *bomba atómica rusa*¹. La pérdida del monopolio estadounidense daba nacimiento a una carrera de armamentos nucleares, con todo su aspecto aterrador. Ante ello, las naciones que carecían de armas nucleares empezaron a sentirse desesperadamente inseguras: se hallaban ante el peligro de ser destruidas en una contienda. El neutralismo se esparcía por doquier. Lógicamente.

Y si cabe decir que en Yalta el mundo se dividía en dos enormes *zonas de influencia*, puede afirmarse que la carrera de armamentos nucleares generaba la desintegración de esa estructura.

¹ Tenga en cuenta el lector este par de grandes fechas: 1.ª Septiembre 1949: primera prueba de arma atómica soviética; 2.ª Agosto de 1953: primera prueba de arma *H* soviética. Datos del *New York Times*, ed. int., 6 mayo 1963, pág. 9.

Indudablemente, había también otras causas. Pero una realidad resulta incuestionable: el gatillo que disparaba las fuerzas de la desintegración, en rápido movimiento, era la mentada carrera. A ambos lados del «telón de acero» eran liberadas las fuerzas del nacionalismo: de esta parte, bajo el *slogan* del anticolonialismo y del antiimperialismo; de la otra, bajo la invocación del antiestalinismo.

Los acontecimientos de finales de 1956 en la Europa Oriental y el Oriente Medio daban estado a una *situación nueva*.

Hasta esa fecha era posible creer que el *tablas atómico* bastaba para mantener el *equilibrio atómico*. Tal estimación aparecía confirmada por la aceptación, no confesada, del *statu quo* y las treguas no negociadas sobre las líneas fronterizas entre los dos mundos opuestos, que llevaban a una admisión de límites no garantizados (a manera de la paradoja de la «tregua permanente» en Palestina) y una convicción de que la seguridad venía garantizada por el *equilibrio atómico* o *balanza de miedo*².

Herbert von Borch³ se ha referido a la *dual crisis* de octubre-noviembre de 1956. Por primera vez, las dos *Potencias mundiales*—Estados Unidos y la Unión Soviética—se vieron afectadas, de un modo curiosamente similar, por los acontecimientos (de Suez y de Hungría). De repente, los dos sistemas de alianzas montados alrededor de Washington y de Moscú parecieron saltar. Alumbraba la *desbipolarización* del mundo. Y si bien los estudiosos de la Ciencia Política y del Derecho Internacional consideraban este proceso como inevitable desde que se hizo inminente el *atomic stalemate*, no debe olvidarse que debía ser confirmado por el uso de la fuerza: cuando Francia e Inglaterra se movían contra Egipto sin el *permiso* de su más poderoso aliado y cuando Imre Nagy intentaba romper el Pacto de Varsovia...

Por esta época, el periódico *Die Welt*, de Hamburgo, observaba cómo lo mismo que las grandes Potencias se ocupan de *repensar el mundo y sus métodos de conquista*, las pequeñas están en curso de revisar sus posiciones. «En este proceso, los *dos grandes* se distancian de los pequeños países, mientras éstos, por su parte, ven las cosas a su manera. Este acontecimiento polí-

² Sintomáticos detalles acerca de la configuración de ese equilibrio inestable del *estira y afloja* entre los dos *colosos*, etc., se percibe en el trabajo de Maurice SCHUMANN: «Comment aider Gomulka», *Occident*, Bruselas-París, julio 1957, pág. 17.

³ «The Chances for Negotiation: What Can Still Be Done?». *Confluence*, Harvard, otoño 1957, págs. 245-254.

tico es la característica de la actual situación mundial. Mientras los *dos grandes* se neutralizan, la inquietud y el movimiento se han extendido a los espacios intermedios...» «Francia ha experimentado el alejamiento de América en Indochina y en Argelia; Inglaterra, en Suez. El mismo buen discípulo alemán ha comenzado a agitarse desde el día en que ha tomado conciencia del Pian Radford». «De golpe, los europeos se han dado cuenta de su entidad propia y han vuelto a hallar el gusto a la iniciativa, después de haber comprobado, a la luz de la experiencia electoral americana, hasta qué punto habían renunciado ya, prácticamente, a toda iniciativa personal...»⁴.

Y—punto trascendente—se notaba latente la idea del reparto del mundo. Así, Pierre Laffont, en noviembre de 1956, y en *L'Echo d'Oran*, venía a decirnos, poco más o menos, lo que sigue: «Me parece que la teoría de la contención, que tuvo su tiempo de éxito, de nuevo está en curso en los Estados Unidos, y que se ha admitido, *implícitamente, o no, una partición del mundo en dos zonas de influencia*». Recuérdese cómo Kruschew—en una entrevista al *New York Times*—proponía el *acuerdo directo Unión Soviética-Estados Unidos* para el control internacional de los satélites y de los cohetes. El asunto no resulta tan utópico. La *Gazette de Lausanne* exponía, en octubre de 1957, que la *tête-à-tête* Moscú-Washington constituye preocupación principal de las Potencias no-supergrandes... (Recordemos que Mikoyan proponía al embajador de Estados Unidos en la capital soviética una *entente económica* entre los dos Grandes, a la que seguiría plena colaboración política—según el aserto de Bessedowsky, antiguo consejero de la Embajada rusa en París, en *L'Epoque*, 9 de marzo de 1949—.)

II.—EL POLICENTRISMO. TEORÍAS.

La fase de la bipolaridad concluye. Tras ella aparece una sociedad inter-estatal regida por una multiplicidad de Potencias. Con una singularidad notable: los poderes determinantes, los capaces de hacer escuchar sus voces en el ambiente internacional, no son ya *Potencias europeas*, sino *Potencias mundiales*. *La nueva constelación es una constelación global*, ha dicho Geoffrey

⁴ Vid: «Petites et grandes Puissances», *Bulletin de l'Office de Presse et d'Information*, Bonn, 12 octubre 1956, pág. 5.

Barraclough⁵—sucesor de Arnold Toynbee como profesor de Historia internacional en el *Royal Institute of International Affairs*—. Denis Healey ha escrito: «El mundo presente es policéntrico⁶. Aunque América y Rusia continúan situadas en una clase aparte, el hecho es que su equilibrio recíproco ha dado a los países europeos y asiáticos⁷ más independencia de la que podía esperarse. Y esta paradoja se ha fortalecido con el impacto de las nuevas armas. Desde el momento en que la guerra termonuclear con un enemigo apto para responder atómicamente significa la autodestrucción, Washington y Moscú parecen mucho menos dispuestos a comprometerse directamente en conflictos militares que bastantes otras Potencias».

En resumidas cuentas la situación ha cambiado. Walter Lippmann resumía en 1957 el proceso internacional de los últimos cien años con unos cuantos renglones: «Podemos decir que durante la mayor parte del siglo XIX la capital mundial fue Londres. Después de la primera guerra mundial, las capitales mundiales fueron Londres y Washington. Tras la segunda conflagración universal, las capitales mundiales fueron Washington, Moscú y Londres. Ahora esas capitales son Washington, Moscú, Londres, Pekín, Delhi y, ..., quizá eventualmente, El Cairo⁸. (Por supuesto, en nuestra hora, no ha de desdeñarse la concepción—y la baza—de una Europa con voluntad de protagonismo.)

* * *

⁵ «The New Pattern», *Confluence*, cit., ant., p. 265.

⁶ «N. A. T. O., and the Cold War». idem, ant., pág. 216.

⁷ Para George KENNAN, el período del bipolarismo ha sido reemplazado por otro debido a la aparición de un factor: «el integrado por una inmensa área intermedia, constituida por Estados que no se han determinado de una manera definitiva, alineándose con uno u otro de los grandes campos polémicos de los dos grandes discrepantes». (Vid. C. BARCIA TRELLES: «En torno a un parangón: equilibrio político y bipolaridad posbélica», *POLÍTICA INTERNACIONAL*, Madrid, 38, agosto 1958, págs. 31 y ss.)

Aún más: consignemos el papel de los setenta y cinco países subdesarrollados en la Conferencia del comercio de 1964. (Vid. declaraciones de U Thant ante el Consejo Económico y Social de la O. N. U., el 16 de julio de 1964—en *Le Monde*, 17 julio 1964, pág. 4—). Para Mr. HEATH, uno de los más importantes aspectos de esa Conferencia era precisamente el surgimiento de tal grupo de setenta y cinco países subdesarrollados *trabajando conjuntamente*.

⁸ Vid. «End of the Postwar World», *The New Republic*, Washington, 15 abril 1957, pág. 11.

Y tal problemática—en un principio encerrada en los círculos restringidos de los especialistas—se vulgariza: sale al terreno político, entra en la Prensa diaria.

Un ejemplo típico de los ambientes políticos—y ciertamente elocuente—es la construcción desarrollada por Georges Pompidou, jefe del Gobierno francés⁹.

La insertamos a continuación.

«Al día siguiente de la guerra, el mundo estaba dominado por la política de Yalta, por el hecho de que quedaba cortado en dos bloques: el bloque comunista, cuya *leadership* pertenecía a la U. R. S. S., y el mundo libre, penosamente salido—gracias a los esfuerzos de todos los aliados, y sobre todo de los americanos—de la guerra más dura de la historia».

«Indiscutiblemente, la *leadership* del mundo libre pertenecía a los Estados Unidos. Europa estaba dividida, puesto que la guerra había nacido, en gran parte, de la división de Europa¹⁰. Europa necesitaba reposo para renacer a la vida».

«Que haya habido entendimiento entre el Presidente de los Estados Unidos y el Jefe del Gobierno soviético en el momento de Yalta, y después ruptura y enfriamiento en la *guerra fría*, [no es más] que una diferencia de detalle: había dos masas con dos jefes. Después el mundo evoluciona[ba]».

«Hemos visto nacer una *tercera masa* (no digo una *tercera fuerza*) que es el *tercer mundo*. Los países que lo componen han afirmado su voluntad de constituir un tercer mundo neutro, neutralista, cuya principal preocupación es su propio desarrollo, contando indiferentemente con la ayuda de los dos bloques y reivindicando el derecho a no tomar partido».

«El segundo cambio se ha producido cuando han aparecido divergencias en el campo comunista, cuando algunos países tratan de afirmar su personalidad y China se declara independiente de la U. R. S. S. El bloque está cortado en dos. [Ahora bien;] no deben sobreestimarse las divergencias y pretender que estos países se enfrentarán. Pero [la verdad es que] llevan a cabo una política independiente».

⁹ En el American Club de París, 24 febrero 1964, *Le Monde*, 26 febrero 1964 pág. 2.

¹⁰ Vid., no obstante, el «apoyo constante que la política americana ha aportado para aproximar a los países europeos, así como el nacimiento de la Europa Unida».

En cuanto al bloque occidental, también se han producido cambios. «Los países de Europa han recuperado sus fuerzas y recobrado su prosperidad económica y, algunos, la conciencia de sí mismos. El Continente europeo, tanto tiempo dividido y devastado, toma conciencia de sí mismo. El Continente se piensa realidad política y—del mismo modo que Descartes decía *Pienso, luego existo*—el Continente comienza... a existir. Una Europa que ha dormido durante largo tiempo al abrigo de la potencia de los Estados Unidos, con tanta más seguridad cuanto que estos últimos eran los únicos poseedores del monopolio del arma nuclear». Y aquí aparece el papel de Francia, «el primer país continental en tomar conciencia de la posibilidad de tener una política independiente».

Lo esencial a destacar es que *«la vieja división del mundo en dos grupos monolíticos ha sido superada»*.

Dentro de esta línea, bueno es señalar que en marzo de 1964 Adlai Stevenson planteaba los problemas de la escena internacional contemporánea en las perspectivas de múltiples centros de poder. Y, en este discurso en la Universidad de Princeton, afirmaba: *«El mito de los bloques monolíticos está siendo reemplazado por una asombrosa diversidad entre las naciones»*. Idea sobre la que insistía en el año siguiente. El 20 de abril de 1965, en el *Boston TV Forum*, definía el presente monipodio interestatal del modo siguiente: *«El mundo de 1965 tiene múltiples centros de poder e influencia. Una fragmentación que es verdadera para la sociedad libre y abierta no menos que para la controlada y cerrada. Ahora, en el Este o en el Oeste, ningún monolito da las órdenes. En su lugar, una azorante diversidad...»*

A la par, nos ha sido dable leer los siguientes párrafos de José María Massip en *ABC*: «Ni en Occidente ni en Eurorrusia trabajan ya los supuestos que hicieron de la *guerra fría* una situación relativamente clara y manejable desde los centros de poder de ambos bloques. *Los impulsos que formaron en 1949 la Alianza atlántica...*, y la polarización alrededor de Moscú y del stalinismo de las naciones satélites europeas, parecen agotados. Son dos mundos en transición, como lo son todo Asia y todo Africa. La situación francesa en relación con Estados Unidos, y la china en relación con la U. R. S. S., son ejemplos impresionantes de un estado de desgaste de las grandes alianzas de los años cincuenta y del nacimiento de conflictos diferentes, de nuevos bloques y poderosos nacionalismos... La hora del caudillaje político indiscutido e indiscutible parece estar pasando en Washington

y en Moscú, y con ella la exigencia de fórmulas inéditas de ajuste a un *panorama mundial transformado*»¹¹.

Parejamente, en un semanario comunista polaco—*Kultura*—, D. Horodynski escribía el 29 de agosto de 1965: «En los años cincuenta, el principio de una dirección centralizada ha prevalecido en los dos lados de la barrera ideológica que divide al mundo... No obstante, en los últimos años, ni la U. R. S. S., ni los Estados Unidos, cualesquiera que sean su potencia y la extensión de sus responsabilidades, han podido continuar dirigiendo *directamente* las actividades internacionales de los países a los que están aliados».

José María Pemán ha escrito también: «China ha desorganizado el bloque comunista y Francia el occidental. Ni el Kremlin representa ya a Mao, ni la Casa Blanca a De Gaulle»¹².

Y hasta en los medios más extraños se da por sentado que están surgiendo poderes independientes en la nueva constelación política mundial.

Por ejemplo, en el informe sobre la situación del movimiento comunista y obrero internacional presentado por Raymond Guyot—miembro del Bureau político—al C. C. del Partido Comunista francés, se expone la idea de que una «*nueva teoría*» se elabora en Pekín. Esta es la de la «segunda zona intermedia», de la que formarían parte la Gran Bretaña, la Alemania del Oeste, la Francia gaullista y el Japón. «Dejando de ser los *corredores* de los Estados Unidos», tales países constituirían, al lado de China, una especie de *tercer mundo*¹³.

Terminaremos. Claro es que en esta cuestión nos hallamos aún en una fase de fluidez. La sociedad internacional sigue en transición. Como ha aclarado el profesor Frankel, «los contornos del nuevo sistema internacional que surgen son todavía oscuros y fluctuantes. Aunque en el sistema es posible discernir tres bloques—el neutral mucho más desunido que los otros dos—, puede llamársele... *sistema policéntrico*, ya que los centros de poder son muchos e incluyen no sólo bloques, sino también simples Estados y las Naciones Unidas».

¹¹ Vid. crónica de *ABC*, e. t., 24 julio 1963, pág. 23.

¹² José María PEMÁN: «Profecías, sueños y esperanzas», *Gaceta ilustrada*, Madrid-Barcelona, 21 mayo 1965, pág. 11.

¹³ Cons. *Le Monde*, 29-30 marzo 1964, pág. 5.

Raymond Aron ha anunciado: «la fase próxima [de la vida internacional] no se parece en nada a la de ayer, ni a la de anteayer. Será dominada, en efecto, por dos hechos sin precedente: el miedo que los dirigentes soviéticos tienen a los pueblos; el miedo que los dirigentes americanos tienen a las bombas atómicas».

III.—SUPERPOTENCIAS Y NUEVO PANORAMA INTERESTATAL

1. *La teoría de la convergencia.*

Desde luego, más de uno piensa que, en esta nueva fase, las posturas de Washington y de Moscú *convergen*.

Por lo pronto, *en el terreno de las ideas* contamos con una teoría: *la de la convergencia*. Esta cabe resumirla de la forma consignada a continuación: el mundo libre tiende a ser menos libre y el mundo comunista a ser más liberal—o al menos más liberal que bajo Stalin—. El profesor Luis J. Halle¹⁴ ha tocado este tema: «Me parece que nuestra evolución y la de nuestros antagonistas puede tender, durante un largo período, a reducir las diferencias. *Chacun prend à d'adversaire*. Las fuerzas históricas de nuestro tiempo trabajan por ambos lados». El profesor Black ha sostenido que la Unión Soviética y los Estados Unidos están llamados a «parecerse cada vez más debido a fuerzas como la industrialización, que es la fuerza dominante en las dos sociedades». «En algunas generaciones—ha añadido—ello será un hecho».

¿Peligrosas conjeturas?

Lo interesante es que el tema gana adeptos.

El profesor Schuman¹⁵ se inserta en esta corriente. En *The Cold War: Retrospect and Prospect* se contienen nítidos pasajes para la caracterización de tal teoría. Por ejemplo, se nos advierte cómo sociedades distintas se hacen más y más semejantes en virtud de la influencia de vastas e impersonales

¹⁴ Vid. «Coexistence and Convergence», *The New Leader*, 9 julio 1956, pág. 12.

¹⁵ Cons. F. L. SCHUMAN: *The Cold War: Retrospect and Prospect*, Louisiana State University Press, 1962, págs. 63-66.

fuerzas y tendencias. De modo parejo, se nos dice que, actualmente, Rusia y los Estados Unidos son sociedades de grandes *núcleos urbanos*—con similares problemas de planeamiento, etc.—; que son sociedades de *grandes negocios*—con problemas de administración y control público de las industrias—; que son sociedades de *gran agricultura*, etc. En pocas palabras, problemas producto de la educación en masa, de la industrialización en masa y de la urbanización en masa. Y, resumiendo, grandes diferencias entre ambas sociedades, pero semejanzas y convergencias superando las diferencias.

Y que la cuestión sigue dentro del marco de la viva actualidad lo revelan diferentes evidencias.

En 1962-1963 tenía lugar una controversia ¹⁶ sobre la *convergencia* entre el venezolano Rodolfo Quintero y Pitirim A. Sorokin ¹⁷.

Bien recientemente, Maurice Duverger, en una *Introduction à la Politique* ¹⁸, proclamaba estas *verdades*: «La U. R. S. S. y las democracias populares jamás se harán capitalistas. Los Estados Unidos y la Europa Occidental nunca vendrán a ser comunistas. Pero unos y otros parecen marchar hacia el socialismo por un doble movimiento: de liberalización, en el Este ¹⁹; de socialización en el Oeste. Es probable que este movimiento tropiece con enormes obstáculos, que sea muy largo, que sufra muchos pasos atrás. Ahora bien: parece irresistible». No obstante, séanos permitido aquí un gesto de incrédulo optimismo sobre el valor *libertador* de la industrialización ²⁰.

¹⁶ Vid. *Universidad Central*, Boletín Universitario, Caracas, 1 noviembre 1962, páginas 6-7; 24 enero 1963, pág. 2, y 22 febrero 1963, pág. 6.

¹⁷ Sabido es que el conocido profesor de Harvard pronunciaba—ante los delegados al XIX Congreso Internacional de Sociología—una conferencia titulada «La mutua convergencia de Estados Unidos de América y la U. R. S. S. Hacia un tipo sociocultural intermedio». Pues bien: su teoría es que la sociedad capitalista estadounidense y la sociedad comunista soviética experimentan dos procesos de cambios convergentes que culminan en unas perspectivas de tipo sociocultural intermedio.

¹⁸ Vid. «Bonnes feuilles»; *Le Monde*, 7 marzo 1964, pág. 9.

Vid. también cómo se aludía a la cuestión de la convergencia en la Semana del pensamiento marxista. Cf. *Le Monde*, 17 enero 1964, pág. 5.

¹⁹ BEN GURION predice que, en los próximos veinte o treinta años, Rusia se convertirá en un país libre y democrático. «El gran número de licenciados universitarios, que dentro de ese conjunto de años se elevará a 25 ó 30 millones, o aún más, hará imposible la existencia de un régimen totalitario y dictatorial». Vid. otros detalles en *Le Monde*, 22 noviembre 1960, pág. 3.

²⁰ Vid. los asertos aducidos en nuestro trabajo «Sociedad y Estado en la Rusia contemporánea», aparecido en *Temis*, Zaragoza, número de junio de 1964.

Y el campo de la meditación se amplía hasta hacer referencia a la *convergencia de civilizaciones*²¹.

Ahora bien: si se admite como cierta la convergencia de las evoluciones del Este y del Oeste y de los países del *tercer mundo*—aunque éstos con un importante *décalage*—hacia el *socialismo democrático*, se sale al paso de los excesos. Duverger asegura que tal convergencia será *limitada*, aunque el progreso técnico general empuje hacia la uniformidad. La explicación radica en las diferencias de culturas y de tradiciones: demasiado profundas para desaparecer un día enteramente. Las estructuras nuevas jamás traen la completa abolición de las mentalidades y de los sistemas de valores engendrados por las antiguas estructuras. Y así como los hombres no escapan a su pasado, las sociedades no se liberan totalmente de su historia²².

Pero lo que deseamos destacar de esta concepción—dejando aparte sus singularidades—es un factor positivo, el esencial. Y ello se compendia en esta afirmación de Halle: «*La convergencia constituye una buena cosa si reduce el peligro de una guerra termonuclear*». Eso es lo fundamental para nosotros.

2. *Puntos de contacto Moscú-Washington en la realidad internacional.*

Pero, a quien no terminen de convencer los equilibristos intelectuales de profesores e ideólogos, puede echar mano de las complejas realidades internacionales. El diálogo ruso-americano le ha de proporcionar suficientes elementos para ejercitar el intelecto.

Pues he aquí que, a entender de André Fontaine, la novedad de nuestra época es la aparición de «factores de convergencia» entre las Superpotencias, que hacen cada vez más contrapeso a las incitaciones divergentes²³.

Ese *diálogo* se perfila estudiando realidades como las anotadas seguidamente.

²¹ Didier LAZARD: *Convergence des civilisations actuelles. Essai de Sociologie prospective*. La Baconnière, 1963, 164 págs.

²² Cons. DUVERGER, citado anteriormente.

²³ Vid. André FONTAINE: «Les nouvelles convergences», *Le Monde*, 3 marzo 1964, págs. 1 y 3; 4 marzo, p. 2, y 5 marzo, pág. 2.

I. *Contactos personales presidenciales.*

En primer lugar, las entrevistas Eisenhower-Kruschev (Camp-David, septiembre de 1959). Estos contactos personales entre dirigentes soviéticos y occidentales se habían iniciado con la visita de Macmillan a Moscú en febrero de 1959, a la que seguía la de Nixon en agosto. Gronchi llegaría a la capital soviética en febrero de 1960.

El diálogo se confirmaba con las entrevistas Kennedy-Kruschev en Viena (junio 1961). Ninguno de los dos estadistas se encontraba en la capital austríaca «para dictar un arreglo o para convertir al otro a su causa o para hacer concesiones en intereses básicos»²⁴. Estaban allí porque se daban cuenta de «que se debía poner cuidado en evitar que [los] intereses contrapuestos no se confrontaran de tal manera que condujeran fatalmente a una guerra». Con ello, como dijo Kennedy, «al menos se abrieron mucho más ampliamente los canales de comunicación»²⁵.

II. *Respeto del «statu quo».*

Esto se comprobaba nítidamente durante la crisis de Cuba. Ella demostraba que los rusos preferían el mantenimiento del *statu quo* a los riesgos de una aventura nuclear.

Ahora bien: no se olvide que ya en 1956 los Estados Unidos reconocían las necesidades del respeto mutuo de las esferas de influencia, al dejar a la U. R. S. S. reprimir la revuelta húngara. Budapest era abandonado a su suerte, para no provocar un conflicto mundial...²⁶.

Volviendo a Cuba, tenemos que la alocución del 23 de octubre de 1962 del presidente Kennedy mostraba cómo la acción estadounidense sobre Cuba era provocada por la violación del *statu quo* cometida por los rusos, al

²⁴ Vid. Informe de KENNEDY a la nación norteamericana a su regreso de la Conferencia de Viena, *Documentos*, Caracas, I. E. P., abril-junio 1961, pág. 30.

²⁵ Aunque el 31 de agosto la U. R. S. S. reanudaría con una amplitud sin precedentes las pruebas nucleares, que terminaban el 30 de octubre.

²⁶ Vid. Jean SCHWOEBEL: *Les deux K, Berlin et la paix*. París, Julliard, 1963, pág. 245.

instalar rampas de lanzamiento a unos centenares de kilómetros de los principales objetivos americanos.

Y retroceso soviético, que ha de valorarse en toda su extensión. Con tal medida la U. R. S. S. se jugaba mucho. Piénsese que la crisis de Cuba ponía fin a la convicción—generalmente extendida—de la enorme ventaja de la Unión Soviética conseguida tras el lanzamiento de su primer *Sputnik*, en 1957. Tal convicción se hallaba profundamente arraigada en extensas capas de la Humanidad. Y ella se reforzaba en 1961, cuando los aliados ofrecían su total impotencia para impedir la construcción del muro de Berlín.

Esa ventaja en el terreno científico y, por consiguiente, en el dominio militar considerábase de tan gran envergadura que se creía bastaba una presión sobre un punto débil del dispositivo del adversario para que éste se viese obligado, en plazo más o menos breve, a retroceder.

Con la retirada de sus proyectiles en la República cubana, Rusia perdía su *aura* de invencibilidad ante los países subdesarrollados.

Y eso ante el temor atómico...

Y todo eso a despecho de los ataques chinos, que acusaban a los rusos de un «Munich»²⁷. La Unión Soviética no dudaba en hacer frente a Pekín y contraatacar. Por ejemplo, Kosyguin—adjunto de Kruschev—presentaba decididamente la cuestión en noviembre de 1962: «¿Valía la pena hacer concesiones [en Cuba]? Consideramos que era preciso hacerlas, por ambas partes, porque se trataba de concesiones recíprocas y era un compromiso razonable. Era un compromiso hecho en interés de todos los pueblos, ya que de ese modo ha sido liquidado el peligro de una guerra termonuclear mundial...».

Y el mismo Kruschev repetía, el 12 de diciembre de 1962, en un informe al Soviet Supremo: «Buscamos [la] victoria no sobre el camino de la guerra, sino sobre el de la construcción pacífica, de la competición con el capitalismo... Por supuesto, si alguno nos impone la guerra, sabremos defendernos... Pero haremos todo lo posible por evitar una conflagración militar...»

²⁷ Cons. SCHWOEBEL, cit. ant., págs. 248-249.

III. Coincidencia en el temor a la «guerra por error».

La preocupación de la guerra por error (ya no se había de ataque por sorpresa) llevaba a los Estados Unidos a proponer—en diciembre de 1962, en la Conferencia de los dieciocho sobre el desarme—toda una serie de medidas destinadas a reducir los riesgos de una guerra por error. Aparte de las que los estadounidenses habían ya preconizado en distintas ocasiones en el pasado—aviso previo sobre los movimientos de tropas, establecimiento de puestos de observación en los centros principales de comunicación, inspecciones aéreas—, había una totalmente nueva, que llamaba particularmente la atención: la referente a unir la Casa Blanca con el Kremlin por un *teletypeur* o teléfono directo (llamado por unos *teléfono rojo* y por otros *hot telephone*). El presidente Kennedy, que había sentido cruelmente durante la crisis de Cuba la falta de *liaison* permanente entre Kruschév y él, estimó sin duda—que, en caso de grave tensión, la posibilidad de entrar en todo momento en comunicación con el dueño de los destinos de la Unión Soviética sería un buen medio de impedir los errores de interpretación o de maniobra, cuyas consecuencias podrían ser fatales para la paz.

La proposición americana para el *teletipo* era aceptada, el 5 de abril de 1963, en Ginebra, por Tsarapkin, jefe de la delegación soviética en la Conferencia del desarme. Hoy es otra realidad del mentado diálogo.

IV. Convergencia en las actitudes sobre las materias nucleares.

1. Un punto de identificación entre los Supergrandes es su oposición a la diseminación de las armas nucleares.

Así, vemos que la U. R. S. S. no ha dudado en tomar los riesgos de una ruptura con el Gobierno de Pekín antes que renunciar a su política nuclear²⁸.

Por parte estadounidense tenemos que, el 21 de marzo de 1963, el presidente Kennedy consideraba la diseminación de las armas nucleares «como

²⁸ La U. R. S. S. denuncia la voluntad de China de procurarse a todo precio el arma atómica (21 sept. 1963).

Vid. *Le Monde*, 2 enero 1964, pág. 7.

el mayor de los peligros posibles». En enero de 1965, el presidente Johnson sostenía: «En los años venideros, nuestro porvenir y el porvenir del mundo estarán determinados en no pequeña medida por lo que hagamos ahora ante los complejos y difíciles problemas planteados por la diseminación de armas nucleares».

Los U. S. A. no dudaban ante los riesgos de una ruptura de la Alianza atlántica resultante de la agravación del conflicto franco-americano. Un arma nuclear francesa es doblemente inadmisibile para los americanos: 1) por ser susceptible de alimentar la desconfianza de la U. R. S. S., pudiendo temer que un día Francia quiera asociar a Alemania en su empresa nuclear, a fin de asegurar la independencia nuclear de Europa; 2) por desempeñar el papel de «detonador» capaz de obligar a los Supergrandes—contra su voluntad—a recurrir a sus armas nucleares. Efectivamente, en el hipotético caso de que el Gobierno de París se sirviera de sus armas atómicas contra la U. R. S. S., ésta—no sabiendo de manera cierta de dónde procedían los golpes y ansiosa de detener eventualmente el aniquilamiento de sus ciudades más importantes—se comprometería indudablemente en una guerra nuclear total contra el Occidente²⁹. Los Estados Unidos no tendrían posibilidad alguna de mantenerse apartados. De ahí que la inadmisibilidad del detonador francés para Washington se deba, primariamente, a que le pone en peligro de comprometerlo sin su acuerdo en un conflicto nuclear y, en segundo plano, a que tal conflicto sería apocalíptico, de destrucciones en masa³⁰.

2. Acuerdo—tácito, si se quiere—para el mantenimiento del estatuto de Alemania en materia nuclear. Los americanos admiten que sería infinitamente peligrosa la conversión de la R. F. A. en Potencia nuclear, pues la U. R. S. S.—cuyos intereses vitales estarían en juego—no podría tolerarla. El 28 de noviembre de 1961, el presidente Kennedy declaraba al yerno de Kruschew—Adjubei—que «le repugnaría mucho ver a la Alemania Occidental adquirir capacidad nuclear propia».

Y eso que Bonn no ha dudado en reclamar armas atómicas. En la memoria titulada «Condiciones de una defensa eficaz», publicada en agosto de 1960, tras condenar «el recurso a la neutralidad», se afirmaba que «la

²⁹ Sin embargo, ante una eventualidad de ese carácter, se argumenta también de modo distinto por los defensores de la difusión de las armas nucleares.

³⁰ Cons. SCHWOEBEL, cit. ant., págs. 206-209, 221.

Bundeswehr debe tener un armamento tan eficaz como las otras fuerzas aliadas que forman el escudo de la O. T. A. N.».

Ahora bien: la R. F. A. dispone de *fusées*. Sin embargo, Alemania no ha pedido abiertamente la libre disposición de los obuses atómicos y de las ojivas nucleares, de las que los americanos se han reservado la guardia y el control en Europa.

No obstante, conviene recordar el doble principio de la defensa alemana: una *defensa «aproximada»*—gracias a las fuerzas atlánticas, dotadas de armas atómicas tácticas—y una *disuasión total*—gracias a la fuerza de represalias nucleares de los Estados Unidos—. Con lo que una hipotética agresión de la U. R. S. S. perpetrada con ingenios clásicos corre el riesgo de transformarse—por el juego del *escalonamiento*—en un conflicto atómico. Con todas las implicaciones para Alemania. De ahí su lógica pretensión nuclear.

V. *Voluntad Washington-Moscú de parar la carrera a los perfeccionamientos del arma nuclear*, manifestada en el Tratado sobre la prohibición de las experiencias de armas nucleares en la atmósfera, en el espacio extra-atmosférico y bajo el agua (Moscú, 25 julio 1963).

Tratado marcando una fecha capital: por primera vez se concluye entre las Superpotencias un Acuerdo en forma, en el dominio de las armas nucleares. Pero esa voluntad se expresa en un momento en que los *colosos* disponen de *stocks* pletóricos y altamente diversificados de armas nucleares y cuando ninguno de ellos puede esperar adelantar de manera rotunda al otro. Ahora bien; un Acuerdo para desarmar a los otros es siempre más fácil de negociar y aprobar. Salvo el impacto de desarme psicológico, efectos concretos no se conseguirían más que si Francia y China se adhiriesen³¹.

Acuerdo completado con el compromiso de reducir la producción de materias *fisibles* para uso militar (anunciado el 20 de abril de 1964 por el presidente Johnson y por Kruschev)³².

Al mismo tiempo puede recogerse aquí la Resolución—alcanzada sobre la base de un entendimiento previo entre la U. R. S. S. y los Estados Unidos—

³¹ Vid. Michel VIRALLY: «Force de frappe et politique internationale», *Esprit*, París, diciembre 1963, pág. 857.

³² Cons. *Commonwealth Survey*, Londres, 9 junio 1964, pág. 592.

adoptada unánimemente en la XVIII sesión de la Asamblea General de la O. N. U., en 1963, contra la colocación en órbita en el espacio exterior de cualquier objeto portador de armas nucleares u otros medios de destrucción en masa.

VI. *Aspectos menores del entendimiento Washington-Moscú.*

1. Hagamos patente la ayuda recíproca que se prestaban los Estados Unidos y la Unión Soviética por el acuerdo sobre el trigo. Rusia aportaba al Tesoro estadounidense divisas que aliviaban sensiblemente el déficit de su balanza de pagos, déficit sensiblemente igual a los gastos militares de Washington en Ultramar y la ayuda al extranjero.

2. Adviértase cómo una y otra Superpotencia han coincidido en favorecer—con fines distintos, es verdad—la emancipación de las antiguas Colonias de Europa, como coincidían—por razones distintas, también es verdad—en obligar a franceses e ingleses a abandonar la expedición de Suez, como coincidían—idem—en el apoyo dado a la India, amenazada por su vecino del Norte, etc.

IV.—CONCLUSIÓN

Todo ese conjunto de elementos se traba en una unidad que produce resultados tan sugerentes como éste: la política de Washington—así bajo Kennedy y bajo el Johnson («vicepresidente-presidente»)—ha consistido (oponiéndose a las «usurpaciones» comunistas) en no poner a Kruschév—en crisis con Pekín—en posición difícil. Ello era una razón suficiente para que los rusos evitasen complicaciones a la tarea del Presidente demócrata. Por consiguiente, los U. S. A. y la Unión Soviética se encontraban—por ejemplo, ante el panorama del S. E. de Asia—llevados, naturalmente, a buscar un terreno de entendimiento y a renunciar a infligir a la otra parte una derrota que, en el caso de los rusos, hubiera dado armas a los chinos y, en el caso de los Estados Unidos, las hubiera dado a los reaccionarios americanos (Goldwater and Co.)³³.

³³ Vid. André FONTAINE: «L'escalade, ou l'embaras des Grands», *Le Monde*, 28-29 junio 1964, págs. 1 y 4; y René DABERNAT: «Les trois axes de la politique russe», *Le Monde*, 12-13 julio 1964, pág. 1.

Y aunque los bombardeos americanos del Vietnam colocaban las relaciones soviético-estadounidenses en un *punto muerto*, lo «esperanzador» es que parece subsistir la posibilidad de diálogo (como lo revelaban la visita de A. Harriman a Moscú en julio de 1965, la decisión de la U. R. S. S. de participar en los trabajos de la Conferencia del desarme de Ginebra, etc.). Y en *eso* estamos...³⁴.

No en vano, como ha dicho Raymond Aron, a mediados de enero de 1966, la Unión Soviética y los Estados Unidos tienen evidentemente un enemigo común: la China Popular (a lo que ha de agregarse, empero, el correlativo de la faceta de *la competición ideológica* y la faceta de *la relación de fuerzas*)³⁵.

Y, por encima de todo, bueno será pensar más de una vez en este aserto de Peter Wiles: «El siglo XVIII fue francés. El XIX, inglés. El siglo XX es americano. El XXI será chino. No hay siglo soviético». Máxime cuando se ve la *vuelta de China a China*, mientras—bajo el estandarte del marxismo-leninismo—esa China predica la revuelta de todos los oprimidos de Asia, Africa e Iberoamérica...

De ahí que pensar en los rumbos mundiales futuros exija mucho tino y cautos distingos. Cosa natural en una sociedad mundial en transición³⁶. «El nuevo Orden internacional—ha indicado Frankel—está únicamente en su estadio formativo y es probable que continúe cambiando»³⁷. Y en este

³⁴ El «importante significado» de la cooperación soviético-norteamericana se subraya en la Unión Soviética. Así, en el libro de V. A. VALKOV, sobre *la U. R. S. S. y los EE. UU. (sus relaciones políticas y económicas)*, publicado en 1965 bajo la «aprobación» del Instituto de Economía mundial y Relaciones internacionales de la Academia de Ciencias de la U. R. S. S. (396 págs.). Con las invectivas de los medios comunistas chinos. Así, *Pekín Informa*, 8 diciembre 1965, págs. 13-14.

³⁵ Para otras implicaciones del policentrismo, cons. Edmund STILLMAN y William PFAFF: *The New Politics: America and the End of the Postwar World*, Nueva York, Coward McCann, Inc., 1961, 191 págs; Hans KOHN: «Toward a Pluralistic Foreign Policy», *East Europe*, Nueva York, mayo 1961, págs. 51-53; André FONTAINE: «Deux ou quatre blocs?», *Le Monde*, 13 noviembre 1963, págs. 1 y 2; P. M. DE LA GORCE: «L'ère des grands craquements a commencée», *Jeune Afrique*, Túnez, 13-19 enero 1964, páginas 20-21, etc.

³⁶ Cons. PALMER y PERKINS: *International Relations. THE WORLD COMMUNITY IN TRANSITION*. Londres, Stevens, 1954.

³⁷ Cons. Joseph FRANKEL: *Internacional Relations*. Oxford University Press, 1964, pág. 172.

LEANDRO RUBIO GARCÍA

camino se manifiesta, por ejemplo, lo muy difícil, que es «prever cuál será el equilibrio de las fuerzas mundiales cuando otras Potencias distintas a las Superpotencias hayan adquirido los medios de hacer temblar a los *grandes*»³⁸.

Y, con esto, nos encontramos ya en el umbral de la tremenda cuestión del Orden internacional del porvenir. Pero eso es ya otro asunto...

LEANDRO RUBIO GARCIA.

³⁸ Vid. M. MERLE: *La vie internationale*. París, Colin, 1963, pág. 267.

CRONOLOGIA

